

El hombrecillo del detergente

La sala de espera tiene un aroma que recuerda vagamente al friegasuelos que guardo debajo del fregadero. Una botella con un líquido amarillo limón tan chirriante que hace daño al mirarlo. Es un limpiador común. Tiene en la etiqueta un hombre cruzado de brazos, un tipo refulgente con una permanente sonrisa de complicidad que trata de ser agradable. De hecho me guiña siempre un ojo cuando abro la puerta del armario de los productos, no parece molestarle mi indiferencia. A mí sí, me molesta. No él, sino este olor tan característico a desinfectante mezclado con sorbete de limón. Ah, cuando uno sale de casa desearía que el mundo no oliese igual que sus azulejos, de la misma manera que cuando va a un restaurante no pide la leche con cereales que toma habitualmente para cenar. Obvio. Supongo que simplemente la sala trata de ser agradable y quisiera, quisiera, quisiera ser más tolerante, menos impaciente, más comprensivo, menos insoportable, más empático, menos... Por dios, qué insensatez: estoy en una sala *de espera*, el perfume alimonado no va a arreglar eso. El propio nombre indica que no es un sitio en el que uno desee pasar más de diez minutos por propia voluntad. Como una sala *de tortura* o sala de *colonoscopias*. No son por definición lugares agradables. Ni siquiera lo arregla esa musiquita suave e irreconocible, anodina cual galleta sin azúcar. Música que no deja huella. Como el limpiador. El pensamiento me hace esbozar una sonrisa. Es leve, cuidadosa para no hacerme mover más que mínimamente los músculos faciales. No quiero agitar mucho ese racimo de agujas que noto clavadas en el cerebro. Relájate, me digo, acabas de llegar. Empiezo a masajearme las sienes.

Para tratar de que la espera sea menos colonoscópica me entretengo buscando en las mesitas algo que merezca la pena ojear. Quiero decir, algo tipo: *Mengana, después de su ruptura, lo cuenta todo. Así viven la noche Fulano y su misteriosa acompañante*. Si uno

sigue estas historias acaba encontrando el titular final: *Mengana y Fulano se encuentran a la salida de un local y pasa esto*. Ahí lo dejan. El uso del pronombre pretende crear un clima de intriga artificial para que continúe pasando páginas. Y lo hago. Es el tipo de lectura que me alivia profundamente porque evidencia que hay quien está mucho más necesitado de ayuda que yo. El tipo de la etiqueta de detergente estaría de acuerdo conmigo. De hecho, estoy seguro de que ese ojo que guiña sin descanso, está dedicado exclusivamente a mí.

En cualquier caso hoy no hay revistas para aliviarme la ansiedad. A cambio están las montañas de folletos informativos sobre mil temas fundamentales para la supervivencia de la humanidad: dípticos para donar sangre, trípticos recomendando visitar regularmente el dentista para no tener una piorrea como la de la fotografía (¡por dios!, esto debería estar prohibido), *flyers* para vigilar los lunares, cumplir con la pirámide de la dieta mediterránea, dejar de fumar, dejar de beber, mejorar la erección, prevenir las cataratas, convivir con la fibromialgia y, cómo no, mimar el colon como se merece para evitar sustos. Esto, es importante decirlo, me lo explica un... una... De acuerdo, no hay forma políticamente correcta para decirlo: un zurullo sonriente me anuncia que puede salvarme la vida. El hombre de la etiqueta de detergente se parte de risa. Yo también. No es para menos. Cierro los ojos para buscar alivio. Las agujas se han movido por el esfuerzo de reír.

En ese momento entra una enfermera de dibujos animados (delantal cruzado en la espalda, medias lechosas y opacas, cofia sujeta con un puñado de horquillas).

Aprovecho el momento y exijo de manera rotunda que apaguen inmediatamente esa música con edulcorante. Quiero pensar que cuento con el respaldo del hombre de la etiqueta, lo imagino levantando el pulgar de la mano derecha en señal de aprobación. A esas alturas de la espera colonoscópica el volumen se ha ido magnificando en mi cabeza

y ya lo escucho como si fuera la Heroica de Beethoven. La enfermera, sin alterar el gesto, me pide que me siente de nuevo y que trate de relajarme. Cómo explicarle a un dibujo animado que eso es difícil cuando se tiene una orquesta sinfónica dentro del cráneo. Ahí adentro, sabe, la acústica no es buena. El sonido rebota en las paredes y choca consigo mismo. No se expande hacia el infinito como una función matemática. No viaja como lo haría en un lugar abierto y amplio. No. Mi cabeza es una ratonera. Los sonidos se aglomeran, se aprietan unos contra otros, se roban el aire, se comprimen hasta lo que les permite su naturaleza, buscan una salida que no existe, y, finalmente...

-¿Desearía algún pasatiempo mientras espera?

...explota.

-Si le parece, tengo unos cuestionarios que rellenan los pacientes normalmente después de la consulta, aunque si lo desea se los podría dar ahora.

El dibujo animado trata de ser amable. El hecho de observarla con los ojos semicerrados acentúa su condición de figura salida de un cómic setentero. De pronto, la sala refulge aún más. Han usado demasiado limpiador, estoy seguro.

-Es para los psicólogos de la clínica. Seguro que la espera se hace más corta.

Estoy seguro de que no, pero lo acepto. ¡Ya sé, ya lo tengo! Doña Tecla Bisturín, enfermera de postín. Había cómics en mi casa, cómo no iba a acordarme. Ahora soy yo quien le guiña un ojo al tipo de la etiqueta. ¿Has visto? Esto aún funciona (pienso, dándome unos toquecitos en la sien con el dedo índice). Le sonrío a Doña Tecla y cojo el papel.

-Veo que le ha gustado mi idea. Tenga. Déjemelo en la mesa al salir.

-¿Puede bajar un poco las luces, por favor? No hay nadie más, y veo lo suficiente.

Limpian demasiado, pienso también, todo debería brillar menos. Se me ocurre añadir algo sobre colonoscopias pero me reprimo. Doña Tecla Bisturín ha sido amable.

-Por supuesto. ¿Mejor así?

-Mejor así.

El cuestionario es extraño, pero teniendo en cuenta que me lo ha dado un dibujo de cómic no cabe sorprenderse. Mi colega de la etiqueta del detergente me indica con la cabeza que me ponga a la faena sin mucha demora, vamos justos de tiempo. Debo elegir mi respuesta entre cinco posibilidades: Nunca, pocas veces, a veces, muy a menudo, siempre. Por ejemplo:

“Cuándo tiene dolor de cabeza siente necesidad de comerse un brownie”. Respondo: siempre (por supuesto, y sin dolor de cabeza también).

“El dolor de cabeza limita su capacidad para realizar actividades que implican un traqueteo recalcitrante, como montar a caballo, hacer running o tocar el tamboril en un desfile”. ¿Es broma? Sigo leyendo.

“En las últimas cuatro semanas ha sentido la necesidad urgente de arrancarse la cabeza y meterla en el congelador de su casa para posarla delicadamente entre los guisantes y las judías verdes planas”. Muy, muy, muy a menudo.

“En las últimas cuatro semanas ha desatendido la quinta temporada de su serie favorita a causa de sus migrañas”. Oh, oh, no me hagan esa pregunta, hace daño sólo pensarlo. Sí, sí, me perdí varios capítulos.

“El dolor de cabeza le impide realizar actividades sociales habituales, como la celebración del San Viernes en una terraza, con una caña y al sol, como dios manda”.

Cierto, todo es verdad...

“Valore esta afirmación: “Los y las pacientes con migraña prefieren a sus neurólogos o neurólogas rubios o rubias”. Pero qué demonios...

-Adelante señor, la doctora lo recibirá ahora. -Doña Tecla me espera con la mano sobre el pomo de la puerta-. ¿Ha terminado el cuestionario?

¿Rubios o rubias? ¿Qué pregunta es esa? Veo al hombre de la etiqueta encogiéndose de hombros, sin entender. Igual que yo.

-No, si no le importa se lo doy más tarde.

La consulta es agradable, mayormente porque está en una cómoda. Qué detalle. La doctora, ahora me fijo, es rubia. *Muy* rubia. Tiene un corte de pelo al estilo Raffaella Carrá, muy poco convincente. Miro de reojo al hombrecillo del detergente, que ha entrado conmigo y se mantiene a una distancia prudente, cerca de mi hombro.

Compruebo que tiene la misma cara de asombro que yo. ¿Cómo no me fijé en ocasiones anteriores? Raffaella me hace las preguntas de rigor, ésas que he contestado mil veces y que respondo de manera automática. No puedo apartar la vista de ese pelo. Liso como si lo hubieran peinado con aceite, con el flequillo recto justo encima de las cejas, dejando apenas el espacio para el resto de lo necesario: ojos, nariz, boca... las orejas han desaparecido detrás de los dos mechones laterales, que se adelantan al inclinar la cabeza. Estoy bastante seguro de que si doy un tirón me quedo con la peluca en la mano. El hombrecillo, con un gesto discreto, me indica que ni se me ocurra.

La cabeza ya no me estalla como antes, me encuentro mejor, abro un poco más los ojos.

Recojo las indicaciones para la medicación, le doy las gracias a la doctora. Grazie Raffaella, grazie mille. Le indico al hombrecillo que salgamos, pronto, presto, andiamo.

La mujer rubia alarga la despedida con consejos innecesarios, no se decide a abrir la puerta, empiezo a temer que bajo la bata lleve una malla roja con muchos brillos y de pronto quiera ponerse a cantar. El hombrecillo me capta el pensamiento y ambos salimos de la consulta de manera un tanto abrupta. Doña Tecla Bisturín me pregunta si quiero cita para la próxima consulta. No, no, ya la llamaré. Le devuelvo el cuestionario y anoto la última respuesta: falso. Creo que todos los neurólogos deberían ser... calvos.

El hombrecillo asiente, guiña, levanta el pulgar. Nos vamos. Arrivederci dottoressa.